



# Prologo

· Sesily ·

Jardines de Vauxhall, octubre de 1836

Cuando vio acercarse a la mujer zancuda, Sesily Talbot se dio cuenta de que alguien estaba jugando con ella.

Debería haberlo sabido de inmediato, cuando se bajó de la barca y se adentró en los Jardines de Vauxhall, y un bailarín, disfrazado de pavo real gigantesco, cuya cola emplumada de colores brillantes se extendía hasta ocupar tanto espacio como las casas adosadas de Marylebone, la alcanzó en el camino trasegado y tiró de ella hacia la zona de baile.

«Por ese camino no, señorita», le había susurrado aquella majestuosa ave antes de hacerla girar a toda velocidad. Como Sesily jamás le había negado un baile a nadie, siguió con alegría a su nuevo emplumado amigo.

Cuando la estrepitosa danza la dejó sin aliento y acalorada, a pesar de ser una fría noche de octubre, se alejó de los espectáculos en busca de un lugar más tranquilo. Un lugar que abrazara su soledad. Que guardara sus secretos.

Tan solo llevaba un minuto adentrándose en la oscuridad cuando una tragafuegos la encontró y le bloqueó el camino, que se retorcía y pasaba por debajo de una red de equilibristas, llevando así a quienes lo recorrían hacia las extravagancias más procaces de los jardines.

Detrás de la artista que la impedía avanzar resplandecían farolillos de papel rojizo, una tentadora delicia. Con el rostro pintado de blanco como el de un payaso y los ojos azules brillantes, la mujer se acercó una de las antorchas a la boca y arrojó llamas que prendieron la negra noche.

Sesily sabía el papel que le correspondía y no dudó en exclamar «Oh» y «Ah», mientras dejaba que la artista le agarrara la mano, le hiciera una gran reverencia y le comentara, con voz encantadora:

—Por ese camino no, señorita. —Y condujo a Sesily de vuelta hacia la luz, lejos del sendero que había pretendido tomar.

Debería haberse dado cuenta en ese momento de que era un peón.

No, un peón no. Una reina. Sin embargo, no dejaba de ser un juego.

Pero no se dio cuenta. Y después se sorprendería de la ignorancia de que hizo gala, inaudita a sus veintiocho años. Inaudita en alguien que siempre conocía las jugadas de antemano. Inaudita en alguien que siempre ganaba dando vueltas a una ruleta.

Pero la que se vio dando vueltas durante una hora de un lado a otro fue ella.

La tentó un adivino.

La entretuvieron un par de mimos.

E incluso la divirtió una obscena función de marionetas.

Y siempre que intentaba buscar un nuevo camino, uno que se adentrara en los jardines, adonde ella quería dirigirse, lejos de las actuaciones formales y rumbo a la clase de diversión que daba lugar a chismes y a escándalos, a algo que la distrajera del vacío que sentía en el pecho, alguien la interceptaba y evitaba que corriera aventuras más temerarias.

Aventuras más acordes con su reputación: Sesily Talbot, un escándalo viviente, una belleza voluptuosa, una heredera sin

ataduras, y la reina de las aventuras temerarias, a quien gran parte de Londres llamaba Sexily cuando pensaban que no lo oía (como si aquel apodo fuera peyorativo).

A los veintiocho años, Sesily era la segunda hija mayor, y la única soltera, de Jack Talbot, un hombre extremadamente rico y de origen humilde, un minero del carbón que había escalado desde lo más bajo hasta ganarle un título al príncipe regente en una partida de cartas. Como si aquello no bastara, el nuevo y flamante conde de Wight empezó a causar estragos entre la aristocracia, acompañado de su extravagante esposa y de sus cinco peligrosas hijas. Hijas que habían escandalizado a la sociedad, hasta que se convirtieron en las mujeres más envidiadas: las Sucas Talbot —Seraphina, Sesily, Seleste, Seline y Sophie— ahora reinaban en Londres como duquesa, marquesa, condesa y la esposa del criador de caballos más rico de Inglaterra.

Y luego estaba Sesily, que se había pasado toda una década despreciando las tradiciones y los títulos y las normas y las reglas. De ahí que fuera la más peligrosa de todas, por supuesto. Porque no le interesaban en absoluto los juegos de que disfrutaba la aristocracia. No le preocupaban las fingidas rivales que la observaban desde el lado opuesto de los salones de baile. No compartía los mismos objetivos que el resto de la sociedad.

«Sesily la Imprudente».

No se veía a sí misma como una solterona ni como una de las ancianas arruinadas que malvivían en las afueras de Mayfair.

«Sesily la Alocada».

En cambio, era rica y alegre, tenía un título y aparentemente no le interesaban las opiniones de quienes la rodeaban. No se dejaba controlar ni por su madre, ni por sus hermanas, ni por sus amigas ni por la sociedad.

«Sesily la Escandalosa».

Le traía sin cuidado la censura. Y el desdén. Y la desapropa-

ción. Por lo tanto, la aristocracia no tuvo más alternativa que aceptarla.

«Sesily la Aburrida».

Aburrida, no. Esa noche, no. El aburrimiento quizá la había llevado hasta Vauxhall, pero no estaba sola. Había acudido con un amigo. Con una docena de amigos. Había acudido en busca de diversión escandalosa y de una pizca de problemas, pero nada se parecía a lo que deseaba aquella noche. Nada se parecía a lo que la embargaba, a lo que le hacía querer salir a buscar la peor clase de problemas. De caer en la tentación. De gritarle a la tentación a la cara.

«Sesily la Frustrada. Sesily la Enojada».

«Sesily la Avergonzada».

De la peor forma posible. Por un hombre. Un hombre alto, corpulento, de ojos verdes e irritante en mangas de camisa y con un chaleco y quizá un absurdo sombrero al estilo americano que no encajaba para nada en Mayfair pero que resaltaba a las mil maravillas el ángulo de una mandíbula muy cuadrada. Demasiado cuadrada. Basta en extremo.

El único hombre al que deseaba y al que no podía conquistar.

«Y eso que te llaman Sexily».

Pero se negaba en rotundo a sufrir decepciones en público. Era lo que hacían otras personas, no Sesily.

Sesily Talbot se recompuso, se maquilló y se dirigió a Vauxhall.

Por supuesto, de no haber estado tan ocupada sufriendo en privado la decepción de aquella noche en particular, se habría dado cuenta de que alguien la había observado, manipulado y guiado mucho antes de que la mujer zancuda surgiera de las sombras de los altos árboles que flanqueaban el camino que conducía hacia la parte trasera de Vauxhall. Hacia el Paseo Oscuro.

Sesily llevaba diez años acudiendo a Vauxhall. En la mayoría

de aquellas visitas, había tenido que escabullirse de padres, carabinas, hermanas o amigas para poder dirigirse a los caminos poco iluminados donde la gente trataba asuntos más bien privados. Lejos de los fuegos artificiales y de los números de circo y de los globos de aire caliente, hacia algo más salaz. Algo que quizá se considerara sórdido.

En todos esos años, ni una sola vez había visto a un artista tan adentrado en el camino. Tan adentrado en la oscuridad.

Sin duda, no cuando el reloj se acercaba a la medianoche en la que era la última semana de la temporada de Vauxhall, cuando una hora tan tardía no hacía disminuir el número de personas de los jardines y cuando los artistas debían ocuparse de entretener a la multitud de juerguistas que se maravillaban ante la brillante y lujuriosa tentación de aquel sitio.

Y, aun así, se había encontrado con un bailarín, una tragafuegos y ahora la mujer zancuda, con una peluca gigantesca, un maquillaje exagerado, una sonrisa encantadora y su:

—¡Por ese camino no, señorita!

Fue entonces cuando Sesily se dio cuenta.

Se detuvo en seco y levantó la cabeza para mirar hacia la artista que se cernía sobre ella, vestida con unas faldas enormes, imposibles y maravillosas, unas faldas que habrían amenazado con hacer tropezar a cualquier mujer normal y corriente.

—Esta noche, por ningún camino, ¿no es así?

Oyó una risotada, magnificada al desplomarse encima de ella en la oscuridad, transportada por la fría brisa de otoño y acompañada de los potentes fuegos artificiales que habían empezado en otra área de los jardines, congregando a las masas para su deleite.

Sesily no estaba interesada en los patrones bailarines del cielo.

—¿O acaso esta noche hay un camino distinto para mí?

La carcajada se transformó en una sonrisa cómplice, y la mu-

jer zancuda dio media vuelta. Resultaba evidente que Sesily debía seguirla, y de pronto se imaginó como una flecha disparada por un arco, muy lejos del objetivo que había elegido, hacia otro lugar. Hacia otra cosa.

Y a pesar de la rabia y de la frustración y de la sensación que jamás admitiría experimentar y que seguía ardiendo en su pecho, Sesily no pudo evitar sonreír a su vez.

Ya no estaba aburrida.

No al seguir a la gigante entre los árboles, rumbo a una luz a lo lejos que titilaba y resplandecía más y más, hasta que llegaron a un claro en el que Sesily no había estado nunca. Allí, sobre una tarima elevada, se encontraba una maga, y una con no poco talento, teniendo en cuenta que desafiaba a los fuegos artificiales del cielo y retenía la atención del público que se congregaba a su alrededor mientras hacía levitar a un sabueso ante sus ojos.

La mirada de la maga se clavó en la mujer zancuda y, de inmediato, en Sesily, y no mostró sorpresa alguna al completar el truco de magia y liberar al sabueso con un gesto de la mano y un pedazo de carne seca.

En el claro estalló un estridente aplauso mientras la mujer hacía una profunda y agradecida reverencia para dar fe de la verdad que envolvía a los artistas: que no eran nada sin un público.

El público en cuestión quedó liberado para disfrutar del resto de la noche, y todos corrieron a buscar otro espectáculo con más urgencia de la habitual, motivados por la certeza de que disponían de apenas unas horas hasta que los jardines cerraran y pusieran fin a la temporada.

Unos instantes después, Sesily estaba sola en el claro con la maga y el sabueso; la mujer zancuda había desaparecido en la noche.

—Señorita —dijo la maga, y su ligero acento italiano llenó el espacio que las separaba, el tratamiento tan claro como el cie-

lo estrellado. Sabía quién era Sesily. La había estado esperando, igual que todos aquella velada—. Bienvenida.

Sesily se acercó, consumida por la curiosidad.

—Ahora entiendo que no es que haya sido una noche difícil para mí, sino que me ha mantenido entretenida. Hasta que ha tenido tiempo para mí.

—Hasta que podíamos dedicarle el tiempo que merece, señorita. —La maga hizo una extravagante reverencia y aprovechó que se agachaba para recoger una cajita dorada del suelo y colocarla en el centro de la mesa que se alzaba entre ellas.

Sesily sonrió mirando al perro, que estaba a los pies de la maga.

—Me ha impresionado mucho su actuación. Supongo que no me contará cómo funciona la ilusión, ¿verdad?

Los ojos de un verde dorado de la mujer resplandecieron bajo la luz de los farolillos.

—Es magia.

Era más joven de lo que había supuesto Sesily en un primer momento, pues una capucha oscura había ocultado lo que ahora veía que era una cara bonita y agradable, la clase de rostro que sin lugar a dudas atraía miradas.

Aunque se enorgullecía de su propia habilidad para atraer miradas, Sesily admiró la belleza única de la mujer.

Ella había sido incapaz de atraer la mirada que en realidad le importaba atraer, eso sí.

No la había atraído lo suficiente, pues en esos instantes él se encontraba en un barco rumbo a Boston.

Sesily expulsó aquel pensamiento de su cabeza.

—Los tenía a todos embelesados.

—La gente disfruta de un espectáculo —respondió la maga.

—Y gracias al espectáculo no consigues atisbar la verdad. —Sesily lo sabía mejor que la mayoría de los allí presentes.

—Ahí reside nuestro negocio —asintió la mujer mientras abría la cajita, que contenía una colección de anillos de plata que le llamaron la atención—. ¿Me permite que le muestre otro truco?

—Por supuesto —contestó Sesily con una sonrisa radiante que pretendía ocultar el martilleo de su corazón. Unas horas antes, se había imaginado en el borde de un precipicio, en uno de esos raros momentos en la vida en que el cuerpo sabía que habría un antes y un después.

Pero no había sido más que una sensación en su corazón. Una que disminuiría. Que se acallaría. Hasta el momento en que se desvanecería, y a ella le costaría recordar los detalles.

Había sido una emoción.

Había... había sido en su cabeza.

Había sido la verdad.

No dudó e introdujo la mano en la caja vacía. Sus dedos rozaron la suave superficie de madera del fondo.

—Está vacía —dijo al sacar la mano.

La mujer enarcó las cejas en un gesto seductor y cerró la tapa de madera de golpe, antes de pasar una mano por encima y abrirla de nuevo.

—¿Está usted segura?

Encantada y curiosa, Sesily metió la mano y se quedó sin aliento al extraer el pequeño óvalo de plata del interior. Le dio la vuelta al retrato y lo inclinó hacia la luz.

Y se llevó una sorpresa.

—Soy yo.

—Así que sabe que era para usted. —La mujer ladeó la cabeza.

Intercepción. Maquinación. Manipulación. Cómo habían trazado su camino aquella noche. Sus dedos se aferraron al retrato, cuyo marco plateado se clavaba en su piel.

«Pero ¿por qué?».

Como si hubiera oído la pregunta, la maga se tocó el ala del

sombrero y finalmente se lo quitó. Lo tendió hacia ella. Sesily metió la mano con el corazón en un puño y la respiración acelerada.

Allí, en ese momento, todo iba a cambiar.

Al principio, creyó que el sombrero también estaba vacío; sus dedos acariciaban la suave tela, buscando. Y algo encontraron.

Extrajo una tarjetita de color beis.

La alzó hacia la luz y vio una campana dibujada en una de las caras, con una dirección de Mayfair escrita en el extremo inferior izquierdo.

Le dio la vuelta, y las letras firmes y seguras que leyó la abrazaron por dentro.

*Por este camino no, Sesily.  
Te aguarda uno mejor.  
Ven a verme.  
Duquesa*